

y que se le había de perder la hacienda o morir alguno de sus hijos (si los tenía). No salía fuera del templo ninguno de estos ayunantes, todo el tiempo que duraba su ayuno. Pasados estos sesenta días de ayuno, con tanto tesón y aspereza, los otros veinte días que restaban para cumplir los ochenta no se sacrificaban tanto y dormían algo más que hasta entonces. Y dice el padre fray Toribio que preguntó a algunos de estos ayunantes, después de cristianos, ¿en qué sentían más tormento? Y le respondieron: que en el resistir el sueño y no dormir acostados, porque algunos parecía que morían con esto. Y el que no lo creyere haga la experiencia y verá lo verificado en sí mismo.

Para la fiesta ataviaban bien su ídolo de Quetzalcohuatl, y engalanábanle con muy ricas joyas y piedras de valor, y ofrecíanle muchas codornices y conejos, y papel y muchos sartales de mazorca de maíz; sacrificábanle cautivos, según la cantidad que tenían recogida; y venían todos los de la ciudad con mantas nuevas al templo, y los ayunantes iban a sus casas a trocar las de el ayuno y entraban con los demás de nuevo y regocijaban el día, como de grande Pascua. Otras ceremonias hacían, que dejo de decir por excusar prolixidad, notando solamente en este cruel modo de ayunar el quebrantamiento y trabajo que el demonio les daba, especialmente en tenerlos, así sentados, sin tomar la necesidad de el sueño tan necesaria a la vida humana. Y no se tengan por cosas de encarecimiento las dichas en el capítulo pasado y éste, con otras espantosas y horrendas que en otros antes ponemos, que el padre fray Toribio de Motolinía, que vido muchas de ellas, las afirma y otros muchos con él, cuyos dichos son de grande autoridad y crédito, porque lo fueron en su santidad y vida.

CAPÍTULO XXXIII. *De la ceremonia universal de el fuego que estos indios usaban de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, que era fiesta muy particular y de grande nota, a manera de jubileo de cincuenta años entre los hebreos*



UBILEO (si bien se considera el vocablo) se toma por remisión y libertad, no porque este nombre jubileo quiera decir esto; porque este nombre viene de *jovel*, dición hebrea,<sup>1</sup> que significa cuerno o trompeta, según el Tostado; y porque se tañía esta trompeta en el pueblo de Dios algunos días antes de la fiesta de la libertad, por eso se denominó de este instrumento; y es como decir: día o días de la trompeta que se tañe, en apercibimiento de la remisión y libertad que aguardan este día o año los cautivos, y la recuperación o vuelta de lo ajeno, que por ley debía tornarse a su primer dueño: pues todo el tiempo de la venta de los hebreos se dividía por los años del jubileo, como lo dice el mismo Tostado,<sup>2</sup> refi-

<sup>1</sup> Sup. lib. Ios. cap. 6. q. 6.

<sup>2</sup> Tostat. in Lev. cap. 25. q. 6.

riendo a Eusebio Cesariense, que son cincuenta. Y no sé si envidioso de esto el demonio ordenó entre estas indianas gentes otra fiesta de jubileo, en el cual no sólo había ruido de trompetas, sino también sacrificios y muertes de hombres y una invención de sacar fuego nuevo. Esta fiesta era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, a la cual llamaban Toxiuhmólpilia, que quiere decir, la atadura de nuestros años, que era la continuación o atadura de los años con que el tiempo corre y va haciendo su curso, distribuido en días, semanas y meses. Y acabados de pasar estos años volvían a contar de nuevo otros tantos; y llegando a dos números de éstos hacían uno de ciento y cuatro, que era una edad o siglo, como diremos luego. Este número de años de cincuenta y dos era el que decían de jubileo; porque en él aguardaban (según su falsa creencia) que los dioses les habían de volver a dar libertad por otro tanto tiempo como el pasado. Y en esta fiesta sacaban fuego nuevo con grande solemnidad en un cerro o monte, que está cerca de Culhuacan y pegado al pueblo de Itztapalapan, dos leguas de esta ciudad de Mexico, llamado Huixachtecatl. Esta fiesta hacían porque el demonio, que los engañaba, les tenía persuadidos a que el mundo corría por curso y tiempo de cincuenta y dos años; y pasados éstos, estaba en sola la voluntad de los dioses querer dar otros tantos después. Y persuadidos a este engaño y mentira de este falso engañador, tenían grandísima cuenta con el tiempo y cuando llegaba hacían grandes ceremonias y era como día de jubileo, en el cual renovaban el pacto de servir a sus falsos dioses otros cincuenta y dos años. Renovaban también todas las estatuas de los ídolos y todas las cosas de su servicio; blanqueaban todos los cúes y templos y cada uno en su casa renovaba todos los ídolos que tenía y hacían en común y en particular otras muchas y muy particulares ceremonias; pero la más solemne y de cuenta era la del sacar del fuego en la dicha sierra de Huixachtla, lo cual se hacía de esta manera:

Llegada la vigilia de la fiesta, cerca de la puesta del sol, se aparejaban todos los sacerdotes de los ídolos y se vestían y componían con los ornamentos de sus dioses de Quetzalcohuatl y de Tlaloc y otros de los más principales que tenían, de manera que parecía que los indios vestidos eran los mismos dioses que representaban; y al principio de la noche comenzaban a caminar desde la dicha ciudad de Mexico hasta Huixachtecatl, yendo muy poco a poco y de espacio, con mucha gravedad y silencio. A este paso reposado y grave llamaban teonenemi, que quiere decir van caminando como dioses; acompañaba esta procesión muchísimo gentío, como acto que tenían por de tan grande importancia. De esta manera caminaban e iban tanteando el camino, de manera que llegaban a este lugar casi al punto de media noche y un sacerdote del barrio o colación de Copulco, que tenía a cargo sacar el fuego, llevaba los instrumentos de él en las manos, e iba por el camino ensayándose para que llegando a las veras del acto no se turbase, ni diese motivo de algún mal agüero; llámase este instrumento fle-tlaxoni, que quiere decir el que arroja o da fuego, que son dos palillos pequeños que puesto uno sobre otro y ludiendo el macho en el que sirve de hembra, va sacando de él una harina muy molida y entre ella el fuego;

iba este dicho sacerdote con grandísimo cuidado como ejercitándose para sacar la lumbre diestramente.

Todos los del reino estaban con grandísimos temores y miedo esperando lo que acontecería, porque tenían creído que si no se sacaba fuego se acabaría el mundo y habría fin el linaje humano, y que aquella noche y aquellas tinieblas serían perpetuas y que el sol no tornaría a nacer, ni parecer en el oriente y que de arriba vendrían y decenderían los tzitzimimes, que eran unos demonios feísimos y muy terribles y que comerían a los hombres; y por esto todos se subían a las azoteas y terrados de las casas y se juntaban los que eran de una casa en lo alto de ella, sin osar quedarse ninguno abajo; y las mujeres preñadas se cubrían sus rostros con unas máscaras de la hoja del maguey y las encerraban sus maridos en las trojes o silleros de el maíz; porque decían que si no se pudiese hacer la lumbre o el fuego, ellas también se volverían fieros animales y que comerían a los hombres y mujeres. Lo mismo hacían acerca de los niños, poniéndoles máscaras como a las preñadas, y no los dejaban dormir sus padres, y ponían muy grande solicitud y cuidado en que no durmiesen, pellizcándoles y dándoles repujones, porque decían que si los dejaban dormir que se habían de convertir en ratones. De manera que todas las gentes de las provincias convecinas a Mexico estaban asomados sobre los montes y sierras circunstantes, y no entendían en otra cosa sino mirar hacia aquella parte donde se esperaba el fuego nuevo, esperándolo con grandísima vigilancia y congoja de su corazón.

Llegados, pues, al lugar arriba dicho, si no era el punto de media noche, aguardaban a que lo fuese; lo cual conocían en que las pléyadas, que son las que nosotros llamamos cabrillas, estaban encumbradas en medio del cielo, porque era el tiempo de este jubileo cuando en el año salen estas estrellas con el principio de la noche. Puestos en el lugar y siendo la hora, mataban un cautivo abriéndolo por el pecho y le sacaban el corazón como acostumbraban, y en la misma herida sacaban el fuego. La suspensión de todos, mientras la sacaban, era mucha, la turbación más; y todos, finalmente, chicos y grandes, nobles y plebeyos, estaban con sumo cuidado del suceso, temiendo no fuese entonces el fin de el mundo. Luego que salía el fuego daban todos grandes voces y alaridos de contento y hacían muchos regocijos, como en hacimiento de gracias por aquel tan señalado beneficio que creían hacerles sus falsos y engañosos dioses. Hacían una grande hoguera, donde se quemaba el sacrificado, para que vieran el fuego todos los que por los montes y sierras estaban a la mira, los cuales con voces y alaridos, como los primeros, celebraban el contento que tenían de ver el fuego nuevo; y los que estaban acá de todas las provincias y pueblos que habían venido por fuego nuevo, que eran muy ligeros y grandes corredores, tomaban de él y llevábalo en unas teas de pino, hechas a manera de hachas o blandones; iban como postas, remudándose de trecho a trecho, y corrían todos a gran prisa y porfía, para llegar en breve a su pueblo, donde con el mismo cuidado que él iba, le estaban aguardando. Los de Mexico, cuando llegaba el fuego a la ciudad, luego lo llevaban al templo de su más que-

rido dios Huitzilopuchtlí y poníanlo sobre un altar, hecho de cal y canto, que estaba delante del ídolo, y ponían en él mucho incienso de copal blanco. De aquí llevaban parte al aposento o sala de los sacerdotes, que se llamaban mexica, y después lo distribuían por otros de otros sacerdotes y ministros. Aquí venían todos los vecinos de la ciudad por fuego y era cosa muy de ver aquella multitud de gente que venía por lumbre. Hacían de ella hogueras muy grandes en cada barrio y juntamente muy grandes regocijos. Y esto que en Mexico se hacía, hacían todos los sacerdotes de los otros pueblos; y como era tanto el gentío y muchas las postas que se iban trocando, llegaba el fuego dentro de un día natural a todos los pueblos y provincias, por apartadas y distantes que estuviesen; y era muy de ver la muchedumbre de las candeladas de cada pueblo, porque eran tantas y tan grandes que la noche parecía día muy resplandeciente y claro. Hecha esta ceremonia y pacto nuevo con los falsos dioses, todos, cada cual en su casa, renovaba sus alhajas y se vestían de vestidos nuevos y esteraban la casa con nuevos petates o esteras y (como hemos dicho) todo lo que era necesario para el ornato y cultura de los dioses se renovaba y era nuevo, en señal del año nuevo que se comenzaba. Decían todos con grande placer y regocijo, cincuenta y dos años seguros tenemos, con que el mundo pasa adelante; y echaban en el fuego mucho incienso, sacrificaban muchas codornices y ensaban los patios de las casas echando incienso a todas las cuatro partes del mundo. Comían tzohuali, que es comida hecha de bledos y miel. Mandaban los sacerdotes ayunar a todos y que nadie bebiese agua hasta medio día, y a esta hora de medio día comenzaban a sacrificar cautivos y renovando las hogueras comían. Las mujeres preñadas, que estuvieron encerradas, salían fuera y quitábanles las máscaras, y si acontecía parir aquel día alguna de ellas, poníanle por nombre a la criatura, si era hombre, Molpili, que quiere decir atadura, en memoria de lo que había acontecido en su tiempo, y si era mujer, Xiuhnenetl.

Dícese que el año de mil y quinientos y siete, que fue el seteno del reinado de Motechuzuma, se celebró esta fiesta con grande solemnidad y más aventajadamente que nunca y fue la postrera que estos indios tuvieron, porque trece años después llegaron los españoles, con cuya entrada cesaron estas cosas supersticiosas; para la cual fiesta mandó este poderoso monarca, por todos sus reinos, que trabajasen todos de prender algún enemigo de este nombre que hubiese nacido en semejante día y ocasión; y fue preso un indio de Huexotzinco de gran valor y muy generoso que se llamaba Xiuhtlamin; en el pecho de éste se sacó el fuego nuevo; y por haberlo prendido en la guerra un valiente soldado de este Tlatelulco, que es parte de la ciudad de Mexico, llamado Itzcuin, fue llamado después Xiuhtlaminman, que quiere decir el que prendió el esclavo en cuyo pecho se sacó el fuego nuevo de la grande fiesta de el jubileo. Esta fiesta era (como decimos) la mayor que estas gentes tenían, porque en ella creían ser redimidos de la muerte y ayudados con otro embolismo de cincuenta y dos años. Y así como en el pueblo de Israel celebraban el año del jubileo, que era el de cincuenta, en el cual se redimían las posesiones y heredades y se libertaban

los cautivos y la tenían por la mayor de sus fiestas, como lo dice el Tostado,<sup>3</sup> así estos indios tenían ésta por la mayor, porque en ella pensaban que redimían vida para más tiempo, aunque se engañaban, pues Dios es el que lo da y lo quita; y no sabemos (como dice Cristo) el que el padre celestial tiene determinado, por estar reservado a su solo poder; pero como ciegos estos hombres creían estas locuras con todas las demás, que en estos libros van escritas y otras sin cuento que callo.

CAPÍTULO XXXIV. *De la declaración y etimología de los nombres de los meses de el calendario indiano*



EL PRIMER MES DE ESTE CALENDARIO MEXICANO se llamaba atlcahualco, que quiere decir cuando faltan las aguas o en el cesamiento y penuria de las aguas, porque en este tiempo de febrero no las hay, porque comúnmente comienzan por abril, aunque algunas veces hay algunos aguaceros por marzo y son muy necesarios para comenzar a sembrar los panes y los maíces. Llamábanlo también quahuitlehua, que quiere decir, cuando comienzan a retoñecer las plantas, porque como por aquel tiempo se han pasado los fríos y las heladas, comienza la primavera y el retoño de los árboles y plantas; pero los tlaxcaltecas y otros llamaban este mes xilomaniliztli, que quiere decir ofrenda de xilotes, que es la mazorca o espiga del maíz cuando está en leche, no porque entonces la ofrecían como algunos han querido sentir; porque aun entonces no hay sembrados, como todos saben y es muy notorio en toda esta tierra, sino porque en esta provincia de Tlaxcalla se comienza a sembrar en las tierras altas por este mes de febrero, que era el primero de su año; y en hacimiento de gracias de haberles dejado llegar a tiempo de poder sembrar las semillas de su sustento, debían de hacer esta dicha ofrenda del grano del maíz, el cual lo conservaban en mazorca y le llaman (como yo lo he oído muchas veces) xilotzintli; y séase lo uno o lo otro, ellos llamaban a este su primer mes de esta manera dicha.

Al segundo mes llamaban los mexicanos tlacaxipehualiztli, que quiere decir desvelamiento de hombres, porque en él hacían grandes sacrificios de gente humana y los desollaban y vestían sus cueros como bárbaros inhumanos. Los tlaxcaltecas llamaban a este mes coaylhuitl, que quiere decir fiesta general, porque en él se hacían grandes fiestas y bailes, así de los señores y principales, como de la gente común y plebeya; en los templos y plazas públicas hacían muchos juegos y traían grandes divisas de animales y mucha riqueza en sus trajes y disfraces. Había grandes presentes y dádivas entre los señores y principales y grandes comidas de diversas aves y animales guisados de diferentes maneras y traídos de tierras calientes; porque estos señores indios siempre fueron amigos de traer cosas de tierras

<sup>3</sup> Ib. q. 5.